

# Marta Jara, una mujer chilena, mi madre\*

*Pablo Longone*

No es fácil presentar a un público europeo una escritora casi desconocida como Marta Jara que, sin embargo, figura en su país en todas las antologías escolares y literarias como imagen emblemática y representativa, aun en su atipicidad, de las corrientes literarias del Chile moderno. Y esto resulta aún menos fácil para mí, su hijo, después de quince años de alejamiento forzado de Chile, de las raíces humanas y existenciales, de las propias raíces culturales. Sé que, en estas condiciones, los recuerdos, en especial si son lejanos e infantiles, tienden a perderse en la mitología. Intentaré por eso ser lo más objetivo posible y atenerme escrupulosamente a los hechos, reprimiendo todo impulso de idealizar al personaje que, por su intrínseca literariedad, fue esa especie de Artaud sudamericano, Marta Jara, mi madre.

Marta Jara nació el 18 de mayo de 1919 en Talca, una pequeña ciudad agrícola del sur de Chile. Sus padres fueron don José del Carmen Jara y Letelier, un latifundista propietario de casi todos los molinos de la región, y doña Erna Clara Ingeborg Hantke Jorgensen, una danesa, pianista. Fue una suerte que esa niña naciera rica, porque en aquella época la miseria, la sumisión y el temor eran el pan de cada día para el campesino chileno, mientras que el pan, el verdadero, se hacía en los molinos de don José del Carmen, y para comerlo se debía sudar de sol a sombra. A don José del Carmen le gustaba jactarse de descender del pirata Letelier quien, habiendo naufragado frente a las costas chilenas a fines del siglo pasado, decidió colgar la espada y poner fin a su carrera en ese país, emprendiendo hasta su muerte una respetada y honrosa vida de comerciante en el puerto de Talcahuano.

Mi deber de cronista me impone decir que jamás hubo pruebas ciertas de esa descendencia pero que, por el contrario, quedó comprobado que don

*\* Las páginas que siguen fueron escritas por Pablo Riccardo Longone Jara, único hijo de Marta Jara, en 1989, cuando vivía en Valle del Gato, Galicia. Tras la muerte de Pablo, en 1991, su hermano de padre, Giuliano, encontró entre sus papeles las notas que constituyen este testimonio. La traducción es de Susana Parodi.*

José del Carmen fue un óptimo hombre de negocios, que ya a los treinta años había erigido un modesto imperio con el comercio de cereales. En una pequeña ciudad comercial como Talca, el dinero en el banco, las toneladas de grano y de harina en los silos, y el ser propietario de un coche con *chauffeur*, le permitió pedir y obtener la mano de una jovencita de dieciséis años, rubia y de ojos azules, cuyos padres habían emigrado de Copenhague, con todo el prestigio cultural que eso podía comportar en un país del tercer mundo.

Esta jovencita, Erna –a la que conocí sólo medio siglo después, cuando ya tenía el cabello blanco y para mí era «abuelita»– era tan bella y tocaba tan bien el piano que su casa siempre estaba asediada por enjambres de pretendientes. La llamaban la Greta Garbo del Sur. Le tocó a don José del Carmen recoger esa flor, tal vez por su fascinación de pirata o por su cuenta en el banco, o probablemente por la afortunada combinación de ambos elementos. Por lo que sé, hasta el día de su muerte, el 6 de marzo de 1966, doña Erna siempre habló de él con los ojos húmedos, y en sus recuerdos evocaba algo que oscilaba entre Alejandro Magno y una especie de Byron inocente. De este modo, Marta creció en esta aristocracia de un país que era una perdida provincia del mundo. Se crió junto a tres hermanos: Renato, el mayor, Álvaro y Hernán, menores que ella. Podemos suponer una infancia feliz y sin mayores tropiezos.

En la novela inédita *Un sueño en otro sueño*, Marta cuenta su infancia, habla de su padre y describe, entre otras cosas, un episodio que perdurará en su memoria por toda la vida: los trabajadores desocupados –eran los años de la «Gran crisis» del 29– que acampaban delante del portón de la casa Jara y que esperaban que doña Erna saliera con grandes ollas de porotos y lentejas, que se distribuían entre aquellos que habían estado esperando más tiempo. Sí, Marta tuvo la gran suerte de nacer en esa familia, y con el producto de la harina de don José aprendió a leer y escribir en un país de analfabetos, y desarrolló armónicamente su cuerpo en una tierra de raquítics y de tísicos.

En los largos meses que pasaba con la familia en la casa de verano, aprendió a conocer los bosques de la cordillera del Sur, la densa vegetación, los árboles milenarios, ciervos, osos, acantilados y aguas cristalinas, vagando por lugares en los que a menudo era la primera presencia humana. Don José salió bien parado de la crisis, incluso se enriqueció aún más; también durante las épocas de carestía se come pan, más bien sólo pan, y decidió que había llegado el momento de transferir la familia a la «gran capital», Santiago. Allí Marta terminó sus estudios hacia 1937 y, puesto que era joven, bella y rica, decidieron presentarla en sociedad.

Fue durante uno de estos bailes –tenía veinte años– cuando conoció al primero y tal vez único amor de su vida: César Cordobés, cadete de la Escuela de Aviación, descendiente de una antigua familia andaluza. Entre Marta y César se produjo lo que en química se llama un fenómeno de combustión/explosión por simpatía. Era el alba de la segunda guerra mundial. En Chile, las escuelas militares tenían instructores alemanes y la aviación hacía alarde de sus primeros Focke-Wulf, Stukas, Junkers y Iu-88. Y precisamente en un Stuka volaba el novio de Marta.

Pasaron tres años de felicidad y también la familia estaba contenta con esta unión. César había ascendido a teniente de caza y Marta era una joven muy deportiva. El tiempo transcurría lentamente en la casa de Santa Mónica y el último suceso de cierto relieve había sido la adquisición de un carísimo Daimler-Benz y de un gran piano de cola en el que, cada sábado, doña Erna tocaba Schumann y Chopin para la buena sociedad de Santiago.

Marta y César organizaban excursiones a la montaña con la tienda. Iban a Vilches a cazar guanacos con el Winchester y una Eibar 12; iban a las laderas del Aconcagua, a las playas de Concón y de Maitencillos, en aquel tiempo todavía salvajes, limpias, sin refinerías de petróleo ni campos de concentración como más tarde.

En la mochila llevaban siempre una Colt 45 de la Marina, que luego acompañaría a Marta toda su vida, casi como un mágico y evocador amuleto. Un día, César participó en un ejercicio: debía demostrar a los instructores alemanes que hasta un chileno podía pilotar un Stuka. Pero es evidente que no debía ser así, porque tras pocas vueltas se estrelló contra el suelo, y del único amor de Marta no se encontraron ni los huesos. Esta muerte marcó profundamente a Marta; representó un viraje fundamental para la futura escritora, que lo narrará más tarde en *Un sueño en otro sueño*. Marta tenía los más hermosos cabellos rubios de Santiago: se los cortó al ras, se vistió de hombre y se marchó sin saludar a nadie.

Se fue a Melipilla, que en araucano significa la tierra de los cuatro demonios. Allí conocía a una familia de latifundistas, los Camus, propietarios de enormes extensiones de forrajes, viñas, huertos y grandes criaderos de caballos, todo en las laderas de la montaña El Cóndor, cerca de la mítica y minúscula región de Alhué. Era muy amiga de Rosario, la hija del latifundista, quien intercedió para que Marta, que entonces parecía más un hombre, pudiese dedicarse a la cría de caballos, a la vigilancia de los campos y al cuidado de los huertos y viñas.

Rosario Camus siguió siendo para mí, veinte años después, la tía Charo, y Melipilla, El Cóndor, el Membrillo, la tierra donde aprendí a andar a caballo, a disparar un fusil y donde por primera vez conocí el amor. Meli-

quilla será el ambiente de muchos relatos de Marta. Precisamente, de la experiencia como «capataz» de El Cóndor, nació su primer libro de cuentos, *El vaquero de Dios*.

Los años que pasó en El Cóndor criando caballos y atendiendo la tierra, viviendo por completo como un «gaucho», la transformaron tan profundamente que cuando un día, entreverada con sus trabajadores, regresó a Santiago para vender vacas, tordos y caballos en la Feria del Ganado, ninguno de sus antiguos amigos de la buena sociedad la reconoció.

Pero tal vez muchos de los «gauchos» que se levantaban con ella cada día al alba para marcar el ganado, cercar campos o desviar cursos de agua, jamás habrían imaginado que el delicado efebo que los comandaba era en realidad una mujer. En los ratos libres se aislaba de los demás, sumiéndose en un obstinado mutismo; jamás comunicó con su familia. Fueron tiempos de gran soledad y de mucho alcohol. Pero un día, Floridor Camus, hermano de Rosario, fue a vivir a El Cóndor y poco tardó en descubrir que el capataz era una mujer. Fue gracias a él que Marta recuperó su femineidad. Pero un destino trágico habría de marcar su existencia. Cierta día, al atravesar el río Maipo, mientras conducían un rebaño hacia Alhué, Floridor cayó del caballo y murió ahogado.

Marta volvió a huir, igual que el Franz Tunda de Roth y regresó a Santiago. Como una especie de hijo pródigo se presentó a la puerta de la gran casa de Santa Mónica, con la cabeza rasurada, vestida como un guaso, con poncho y botas, cubierta de polvo. Tampoco en esta casa el tiempo había pasado sin dejar huellas: don José del Carmen estaba muy enfermo y doña Erna, encerrada en su nostalgia por la carrera de concertista que no había tenido, bebía más vino tinto que agua y había dejado el piano por la mesa de juego.

Otra novedad era que el hermano mayor, Renato, sacando provecho de la debilidad de doña Erna y del estado de postración de don José, se había convertido en único heredero de la fortuna de los Letelier, en perjuicio de los demás hermanos. Renato será el único de la familia que tomará partido por Pinochet; al menos, ésta es la versión transmitida en la familia, pero también era *vox populi*. Álvaro, el menor, se había afiliado al Partido Comunista, y el otro hermano, Hernán, estaba empleado en no sé qué oficio. Pero, por suerte, también estaba el tío Aníbal, embajador de Chile en Washington, director del periódico *Última hora* y de varias otras publicaciones, que leyó los manuscritos de Marta y la alentó a continuar, la estimuló para que reescribiera, puliera, y le prometió editar sus escritos.

Corría 1945; el retoque del manuscrito duró hasta 1949, fecha de la publicación de *El vaquero de Dios*. La segunda guerra mundial ya era un recuer-